

Seguridad y geopolítica tras la pandemia

Jesús A. Núñez Villaverde

Al igual que el 11-S fue el catalizador de procesos iniciados décadas antes, el Covid-19 acelerará transformaciones hasta ahora incipientes.

EN mitad de una crisis con perfiles todavía por definir proliferan por doquier los pronósticos más o menos aventurados sobre un mundo que termina y el que le sucederá. Así, hay quienes ya dan por hecho el final de la globalización y del neoliberalismo dominante, junto al renacimiento del comunismo y el derrumbe de la democracia frente a un autoritarismo reforzado por el control tecnológico de la ciudadanía. Otros anuncian el final del liderazgo estadounidense, la consolidación de China como nuevo hegemón plane-

tario y la dilución de la Unión Europea en un mero entramado comercial. De todo cabe apuntar o imaginar a la espera de que el tiempo termine por confirmar unas ocurrencias u otras.

Mientras tanto, conviene recordar que, como nos enseña lo ocurrido tras el 11-S o el estallido de la crisis económica de 2008, nuestra capacidad prospectiva es muy limitada. De hecho, si miramos a los augurios sobre lo que pasaría en esos dos momentos históricos y a lo que realmente ocurrió a continuación, podemos constatar cómo, a pesar del notable impacto que ambos tuvieron en la agenda global, no solo no provocaron la reforma de las bases del sistema internacional económico y de seguridad, sino que en cuanto se alivió la inquietud general se volvió,

Jesús A. Núñez Villaverde es codirector del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (Iecah).

incluso con más empeño, a las andadas. Ahí está, a modo de ejemplo, la *securitización* de nuestras vidas y el aumento del presupuesto militar, las prácticas financieras especulativas desconectadas de la economía real y fuera del control de los órganos de regulación o la renovada apuesta por modelos económicos insostenibles tanto desde el punto de vista medioambiental como empresarial. Y todo ello sabiendo que fueron esos factores, en un mundo cada vez más desigual, los principales causantes de la inseguridad y el cataclismo económico consiguientes.

Eso significa que organizaciones como Naciones Unidas, el G20, el G7, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial –por mencionar solo a algunas de las principales instancias de gestión global– no aprovecharon la ocasión para reciclarse y siguen pendientes de profundas reformas para ajustarlas a la relación de fuerzas y a las dinámicas que caracterizan este arranque de siglo. Lo mismo vale para los modelos económicos –basados hoy como ayer en el equivocado mantra de que “el Estado es el problema y el mercado, la solución”– y para los de seguridad, con un Consejo de Seguridad de la ONU y una OTAN en horas muy bajas que, en lugar de pensar en términos de seguridad humana siguen considerando erróneamente que más armas significa más seguridad.

«Falta un entramado institucional operativo para gestionar una agenda de seguridad y bienestar, que solo puede ser multilateral y multidimensional»

La conclusión de todo ello es que Estados Unidos sigue siendo, mal que bien, el actor que aún marca la agenda internacional; con China y Rusia tratando de avanzar sus peones a pesar de sus actuales carencias y limitaciones; en tanto que la UE se juega su futuro en un ejercicio en el que su credibilidad disminuye a pasos agigantados. Falta, en definitiva, un entramado institucional operativo para gestionar una agenda de bienestar y seguridad, que solo puede ser multilateral y multidimensional. Y desgraciadamente nada indica que exista la suficiente voluntad política y la visión estratégica necesarias para reformar una ONU que continúa su camino hacia la irrelevancia, en tanto los Estados nacionales se afanan por mantener su

protagonismo, sin querer asumir que solos tampoco tienen opción alguna para salir airosos de ningún envite.

Eso no quiere decir que no hay (y no vaya a haber) nada nuevo bajo el sol. Tras la superación de la pandemia del Covid-19 habrá, como siempre, ganadores y perdedores en un imparable proceso de globalización al que, en todo caso, le bastará con adaptarse al medio para seguir adelante. Entre los segundos nada será más importante que la pérdida de tantas vidas humanas que se acumulan desde el arranque de la pandemia a finales de 2019. Pero también cabe añadir de inmediato a los 70,8 millones de refugiados y desplazados que el Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados (Acnur) contabilizaba a finales de 2019, así como todos aquellos cuyo bienestar y seguridad dependa de gobiernos poco sensibles a sus necesidades, con sistemas de salud precarios, y de una comunidad internacional de donantes que, previsiblemente, reducirá aún más su “generosidad” con el recurrente argumento de que hay que atender primero a los de “casa” (a excepción de un Portugal que ha entendido que la regularización de todos los inmigrantes pendientes de autorización de residencia es una exigencia humanitaria y un gesto inteligente de salud nacional).

Para calibrar la profundidad de los cambios que puedan producirse

conviene recordar que, mirando a la historia y aunque tendemos a fijar más la atención en un día concreto y en un personaje concreto, muy rara vez se produce un cambio radical en el escenario internacional. Al igual que el 11-S fue un catalizador que aceleró un proceso ya en marcha desde años antes, cabe suponer que lo mismo ocurrirá tras el trágico paso del SARS-CoV-2. Será la duración de la pandemia la que marcará el grado de profundidad en los retoques que se produzcan en el sistema internacional, contando con que serán tanto los aciertos de unos como los errores de otros los que acabarán por definir quién se podrá calificar como ganador o perdedor.

En esta línea, por hacer una mención específica a la competencia entre potencias globales, China y EEUU destacan en su afán por imponer su relato y situarse como el actor principal de esta tragedia. En una sociedad tan hiperconectada como la actual cobra especial relevancia imponer una lectura de lo ocurrido con el obvio afán de ser identificado como libre de culpa, benefactor por excelencia y el mejor preparado para liderar. Así, mientras Pekín trata de ocultar su responsabilidad original en el estallido de la pandemia –incluso contribuyendo a difundir la idea de una supuesta responsabilidad estadounidense, aprovechando la presencia de mili-

tares de ese país en los Juegos Mundiales Militares, celebrados en Wuhan en octubre de 2019–, Washington insiste en hablar del “virus chino”. China está llevando a cabo una muy mediática campaña de diplomacia pública, acompañada de la entrega de material sanitario tanto en Europa como en África y otras regiones, con el claro objetivo de blanquear su imagen y ganar socios, clientes y aliados en la próxima fase de la competencia por el liderazgo mundial. Es en ese ámbito donde EEUU está perdiendo la partida, con un presidente desnortado en la gestión interna de la pandemia (con el país convertido ya en el principal foco de la crisis sanitaria) y ensimismado en una estrategia ultranacionalista que le incapacita para liderar la respuesta conjunta al problema.

Ni esa competencia es nueva ni hay que dar por descontado que China vaya a resultar ganador a corto plazo. Hoy por hoy, EEUU sigue siendo la principal potencia militar, económica y científica del planeta (con el añadido de su recién adquirida riqueza energética). Dicho en otras palabras, si al final se produce el relevo será más por errores estadounidenses que por méritos chinos. Ya antes del estallido de la pandemia parecía claro que China había llegado al límite del modelo que le ha permitido convertirse en la fábrica del mundo, sobre la

«Tras la pandemia habrá ganadores y perdedores, en un imparable proceso de globalización al que le bastará con adaptarse al medio para seguir adelante»

base de unos salarios bajos para una mano de obra cada vez más capacitada. Y si bien es cierto que ha pasado de ser un imitador a un innovador tecnológico, no lo es menos que los efectos de la política de hijo único, la crisis de demanda acumulada desde 2008, su dependencia energética y su inferioridad militar (sobre todo en el ámbito naval) son factores que cuestionan su asalto al liderazgo mundial. Es evidente que Pekín intenta superar esas limitaciones –el macroproyecto de La Franja y la Ruta es el ejemplo más sobresaliente– pero nada le asegura el éxito en el empeño.

Cabe imaginar que Washington seguirá procurando salirse del pantano bélico donde lleva metido al menos desde el 11-S, precisamente para recuperar margen de manobra y músculo militar, volcando su

peso hacia la zona del Indo-Pacífico, sin olvidar a una Rusia que pretende volver a ser identificada como una potencia global y que sabe aprovechar la debilidad de sus competidores para ganar posiciones de ventaja en el tablero internacional (como se pone de manifiesto en Siria, Libia, Venezuela o Ucrania).

Mientras tanto, la UE como proyecto político se va diluyendo a la vista de todos, víctima de un nacionalismo que malgasta la escasa credibilidad que le queda a Bruselas tras los nefastos ejemplos de respuesta frente a la crisis de 2008 y la de los refugiados (2015-16). Ante este escenario, resulta muy difícil vislumbrar cómo se puede dar contenido a ensoñaciones tan necesarias como lejanas; sea la autonomía estratégica que se menciona en la Estrategia Global de 2016 o lograr la unión política.

En medio de todo ello, surge el debate sobre si se responde mejor a un problema de estas características con un sistema de poder autoritario (con China como supuesto ejemplo de una gestión que de ningún modo se puede calificar de exitosa) o democrático. No se trata de caer en el error de discutir si una democracia es más lenta frente a una dictadura opaca y tergiversadora como la de Xi Jinping, en la que se supone es más sencillo imponer órdenes y lograr que se obedezcan. Basta con recordar que, sin dar nada por definitivo,

ahí están los casos de Japón, Singapur y Corea del Sur. Pueden presentar una imagen mucho más positiva sin tener que recurrir a métodos que violan, sin apenas disimulo, los derechos y libertades fundamentales de sus ciudadanos.

Las pandemias figuran en el listado de amenazas y riesgos a la seguridad internacional desde el arranque de la posguerra fría. Pero esa consideración no se ha traducido en la creación o mejora de los mecanismos multilaterales para hacerle frente. Y eso a pesar de que en lo que va de siglo la Organización Mundial de la Salud ha anunciado hasta en siete ocasiones una alerta mundial o ha declarado una emergencia de salud pública de importancia internacional. No puede decirse, por tanto, que estamos ante un “cisne negro”, sino más bien ante la materialización de un riesgo a la seguridad planetaria que no conoce fronteras, religiones ni niveles de desarrollo económico. Es solo el peso de una visión cortoplacista lo que ha impedido articular mecanismos multilaterales y multidimensionales de respuesta, y se hace difícil imaginar que ahora vaya a suceder algo diferente. El problema es que, si eso no pasa, terminará por ocurrir desgraciadamente lo que ya Rafael Sánchez Ferlosio anunciaba en 1993: vendrán más años malos y nos harán más ciegos. ●